

pensamiento orteguiano, el paradigma de toda otra verdad.

Cuál es el origen del fondo insobornable es un tema abierto en la filosofía de Ortega y el autor parece presentarlo con buen criterio. Aunque pudiera parecer por el vocabulario que Ortega utiliza que es un concepto que remite a la existencia de Dios, es cierto que Ortega no aborda esta posibilidad y deja un camino abierto a sus intérpretes, no remite a una realidad trascendente y ello marca el carácter de su pensamiento. La salvación debe entenderse como un esfuerzo filosófico de ensimismamiento, de toma de conciencia ante la realidad humana.

El esfuerzo deportivo, la constancia y la claridad se convierten en valores superiores, mientras que la consecución del verdadero ser del hombre pasa a un segundo plano al ser más una motivación que una realidad alcanzable.

Interesante labor de investigación, en definitiva, la realizada por Martínez Carrasco sobre la verdad en Ortega que nos remite a un campo más amplio, el del conjunto de la filosofía orteguiana. Sugere en su planteamiento, se adentra también en la presentación de contradicciones y temas abiertos que abundan en la obra del filósofo madrileño.

EPISTOLARIOS DE TRANSFONDO ORTEGUIANO

ZAMBRANO, María y ANDRÉS COBOS, Pablo de: *De ley y de corazón. Historia epistolar de una amistad. Cartas (1957-1976)*, edición de Soledad de Andrés Castellanos y José Luis Mora García, presentación de Emilio Lledó. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid / Caja Segovia, 2011, 354 p.

DIEGO NÚÑEZ

Esta edición recoge la correspondencia inédita entre María Zambrano (1904-1991), y Pablo de Andrés Cobos (1899-1973). Son en total setenta y cuatro cartas, cuarenta y una de la primera, enviadas desde su exilio en Roma y en “la choza” de La Pièce (cerca de Ginebra), y treinta y tres del segundo, escritas en su exilio interior en Madrid, desde su dura condición de represaliado y “expelido”, como él mismo se autodefinía. Muchas de ellas,

como señalan los editores, son de profunda intensidad, nos ayudan a conocer los pliegues de tan ricas personalidades, que ponían en esas cuartillas en blanco su alma al descubierto (p. 17). En efecto, las cartas son, ante todo, documentos humanos; por su naturalidad, por estar dirigidas a una persona cercana, constituyen testimonios muy vivos de los autores que las escriben. Nos acercan mucho a ellos, a su entorno más inmediato, a su mundo personal. Las cartas son los escritos más auténticos y reales, los que mejor nos sitúan en la época de sus autores, como así se puede comprobar en el libro que comentamos.

Pablo de Andrés Cobos, maestro nacional, discípulo del padre de María (Blas Zambrano) y admirador de Antonio Machado, fue una personalidad sincera y comprometida. Su paso por diversas prisiones franquistas entre 1936

y 1940, su apartamento de la enseñanza oficial, su padecimiento de frecuentes penurias físicas y sobre todo morales, le hizo sintonizar “cordialmente” con María Zambrano, no sólo exiliada sino que por esas fechas de finales de los sesenta decía sentirse “ermitaña”, casi reclusa y rodeada de soledad. El contexto intelectual originario de Cobos aparece gráficamente dibujado en estas palabras que escribe a su interlocutora: “Mi artículo «D. Blas y D. Antonio en Segovia» se va a publicar al fin en *Índice*. Espero que les guste a Ud. y a cuantos vivieron aquella buena época segoviana; me parece imposible evocar el Segovia de aquellos días sin centrar la evocación en esas dos grandes figuras, que le daban tanto carácter como cualquiera de sus monumentos capitales” (p. 91).

Por su parte, María Zambrano nos abre las claves de toda su filosofía, de manera sintética y espontánea, en una carta del 26 de diciembre de 1971: “Desde la primera línea que yo haya escrito... pido, clamo por un saber más amplio en el que la conciencia, la Razón, haga suyos otros saberes irrenunciables como los de la poesía, las religiones, la mística..., en fin que el conocimiento torne a recoger la revelación, las revelaciones todas”. Y poco antes señala: “En cierto modo he ido ofreciendo (a lo largo de mi obra) una suerte de Teoría del Conocimiento más amplia, de más dimensiones que la que me dieron” (p. 264).

En otra ocasión, en una carta del 24 de agosto de 1957, nos confiesa abiertamente: “No puede Ud. imaginarse cómo se siente andando por el Mundo esta ausencia –y menos mal si sólo es ausencia– de apoyo, estímulo, solidaridad. Es

uno de los elementos y no el menos importante, del desconocimiento en que se tiene todo lo español. Nadie puede imaginar lo que supone y lo que cuesta romper la barrera, aunque sea en un punto; hacer que se abra no una puerta, sino una rendija. ¡Bien que lo sé! Porque nos falta por completo la «plataforma nacional», el estar sostenidos por un País, por una conciencia nacional” (p. 87). Sin duda, la pensadora de Vélez-Málaga está poniendo el dedo en la llaga de uno de los problemas endémicos y fundamentales de nuestro país: la falta de una conciencia nacional unida e integrada, de una conciencia nacional bien vertebrada que sepa poner el concepto de Estado nacional por encima de los distintos particularismos e ideologías. Recuerdo en este sentido que cuando le dieron a Jean-Paul Sartre el Premio Nobel de Literatura en 1964, yo me encontraba en París, y pude comprobar *in situ* el tratamiento que los medios institucionales, incluido el propio De Gaulle, dieron a la noticia. Sartre andaba entonces proclive a la tendencia comunista pro-china, pero en esos medios se resaltaba que, antes que comunista, Sartre era francés, y que el honor del Premio implicaba a toda Francia. Por el contrario, unos años antes, en 1956, se le concedió el mismo Premio a Juan Ramón Jiménez. La prensa del Régimen acudió a la peregrina e incoherente fórmula de la “confabulación judeo-masónica-comunista internacional”, enfatizando que ésta también se había infiltrado en el Jurado, y, claro está, se lo dieron a “un rojo”. Por desgracia, la conciencia española contemporánea ha vivido siempre escindida, dividida en bloques irreconciliables que

todo lo ideologizan, en un clima de permanente guerra civil intelectual, trasunto de la realidad social del país. En este contexto, las ideas no ejercen su cometido principal, que es la ampliación del conocimiento; se utilizan simplemente como meras armas de combate ideológico. Al hablar de guerra civil, siempre se piensa en la del 36. Pero antes tuvimos otras, en seguimiento continuo, como la de sucesión tras la muerte de Carlos II, la llamada de la Independencia contra los franceses o las tres guerras carlistas. Por eso, Vicens Vives, al referirse a la del 36, la denominaba la de “los Tres Años”.

Este libro que reseñamos nos hace reflexionar, pues, sobre el drama histórico del liberalismo español. Desde el punto de vista político, Azaña pronunció en 1931 en el Ateneo de Madrid una frase muy lúcida: “Al liberalismo español le ha faltado siempre una base social de poder”; y en el plano mental, la polarización de la conciencia nacional era tal que estas personas no tenían cabida dentro de los avatares de nuestra Historia. No había un espacio intelectual para su postura, presidida por el afán de libertad y tolerancia. Siempre andaban confinados en la heterodoxia, en la marginación o en el exilio.

Tanto María Zambrano como Pablo de Andrés Cobos fueron víctimas injustísimas del desajustado proceso histórico de nuestro país.

La lectura de este epistolario es en suma muy recomendable. En él hay datos que contribuyen eficazmente a conocer mejor las biografías de los dos protagonistas, sus intereses intelectuales, sus juicios sobre las principales figuras de la vida cultural coetánea, tanto del exilio como del interior, y el largo proceso seguido por Pablo de Andrés hasta que consiguió la pensión de orfandad a favor de Araceli Zambrano, una ayuda económica que era vital para ambas hermanas. Las cartas van acompañadas de valiosas anotaciones, apéndices e índices onomásticos, gozando en su conjunto la obra de una amplia y sólida documentación. La edición es primorosa y muy cuidada, lo que hoy es de agradecer. La obra cuenta además con un excelente Estudio Preliminar a cargo de Fernando Hermida sobre “Pablo de Andrés: biografía de un maestro machadiano”. Este tipo de estudios constituyen, en definitiva, una base empírica preciosa para abordar Historias más generales en torno al pensamiento español del siglo XX.